

SECCIÓN INTERNACIONAL

¿QUÉ INCENDIÓ EL MUSEU NACIONAL? INCENDIO Y TRAGEDIA CULTURAL EN EL BRASIL DE 2018

RAÍZA CAVALCANTI

Doctora en Sociología por la Universidad Federal de Pernambuco, Brasil. En Chile participa como investigadora colaboradora externa en el Núcleo de Sociología del Arte y de las Prácticas Culturales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

El viernes 19 de octubre de 2018 se dio a conocer una noticia alentadora: el cráneo de Luzia, el fósil humano más antiguo de América, con más de 11 mil años, fue encontrado bajo los escombros de lo que alguna vez fue el Museu Nacional. La destrucción de éste tuvo lugar el 2 de septiembre, cuando un incendio de grandes proporciones, que duró seis horas, destruyó una gran parte del mayor acervo de historia natural, arqueología, lingüística y culturas indígenas y africanas de las Américas y también el edificio histórico del Palácio de São Cristóvão, antigua residencia imperial brasileña. Mientras la Policía Federal investiga las causas del siniestro, considerado una de las más grandes tragedias de la historia reciente del Brasil, hay algunas otras causas anteriores en el tiempo, que también son responsables por este crimen contra la memoria nacional y latinoamericana: las relaciones difíciles entre el Estado Brasileño y su sector museal y los grandes cortes presupuestarios en las Universidades Federales realizados a partir del gobierno de Michel Temer, son algunas de las que valen la pena mencionar.

Los museos brasileños: una difícil constitución

El Museu Nacional fue creado en el año 1818 por el Rey de Portugal (y, entonces, también emperador de Brasil) D. João VI. En este momento, nombrado como Museu Real, la institución hacía parte de una política de transformación del estatus del Brasil, que, en aquel momento, dejaba de ser colonia y pasaba a ser Imperio, tras la llegada de la familia real portuguesa para el país en 1808, huyendo de la guerra napoleónica. Este hecho transformó profundamente la relación de la metrópolis con su antigua colonia, que ahora necesitaba modernizarse y “civilizarse” para poder abrigar la realeza portuguesa. A partir de este momento, se crearon en el país instituciones culturales y educacionales, como el ya mencionado Museu Real, pero también la Biblioteca Real (con más de 60 mil obras traídas de Lisboa), el Arquivo Real (que reunía un importante volumen de mapas y cartas geográficas del país), la Imprensa Régia (primero órgano de prensa oficial del país), las primeras escuelas de medicina del país y la Academia e Escola de Belas Artes.

Todos estos organismos fueron los primeros intentos de institucionalización cultural del país, oficializando la narrativa europea en la cultura. Los procesos de cambios políticos que llevaron a la independencia del país, la creación de una República independiente, no produjeron cambios en estas instituciones ni en sus narrativas, hasta la década de 1930, con el ascenso de Getúlio Vargas al poder. La dictadura del Estado Novo, que marca el fin del período conocido como República Vieja, inserta una novedad en el panorama cultural brasileño: la necesidad de construcción de una narrativa nacionalista. De este modo, de manera paradójica, el gobierno varguista produjo, por un lado, persecución política y censura y, por otro, fomentó la construcción de las principales estructuras estatales para el área de la cultura y el patrimonio, atrayendo para el gobierno a los artistas modernistas de la época.

El discurso modernista se caracterizaba por producir una ruptura con el academicismo y el elitismo cultural, en donde lo que se consideraba “cultura” eran los monumentos y obras de origen europeo. Los artistas modernistas, a través del concepto de la antropofagia, planteaban el reconocimiento de las culturas indígenas y africanas en la construcción de la identidad cultural brasileña. El clima cultural de la época influyó al gobierno, que en sus políticas y acciones buscaba incentivar una idea nacionalista en donde los negros e indígenas, además de los europeos, se unían armoniosamente en torno de la nación brasileña. Bajo esta consigna, fueron creados una serie de nuevos museos y también instituciones como el Ministério da Educação e da Saúde y el SPHAN (Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional), que por varios años fue responsable de la creación de la gran mayoría de los museos nacionales. Las instituciones creadas en ese período, fueron el Museo Nacional de Belas Artes (Rio de Janeiro, 1937), Museu da Inconfidência (Ouro Preto, 1938) y el Museu das Missões (São Miguel, 1940).¹

Con todo, a pesar de la aparente adhesión al discurso modernista de la época, que defendía la diversidad y planteaba la des-elitización de la cultura en el país, el gobierno varguista creó instituciones con fuerte carácter histórico y aún cercano al discurso oficialista cultural. Solamente al final del período de la dictadura varguista, momento en que hubo una

Rubim, Antonio Albino Canelas (2018). Reflexões sobre financiamento e fomento à cultura no Brasil: Estados e Distrito Federal. In: CALABRE, Lia (org). Políticas culturais e problemáticas contemporâneas: financiamento, gestão e formação. Rio de Janeiro: Fundação Casa de Rui Barbosa; São Paulo: Itaú Cultural.

retracción de la intervención estatal en la cultura, fue cuando surgieron los museos de arte moderno brasileños: el Museu de Arte Moderna de São Paulo (MAM/SP), creado en 1948, por el industrial Ciccilo Matarazzo que también crea, en 1951, la Bienal de São Paulo; el Museu de Arte de São Paulo, creado en 1947 por el periodista y empresario del área de las comunicaciones Assis Chateaubriand; y el Museu de Arte Moderno do Rio de Janeiro (MAM/RJ), creado en 1948 por Raymundo Ottoni y un grupo de empresarios.

Pero todas estas iniciativas privadas no fueron sostenidas en el tiempo y pronto el MAM/SP y el MAM/RJ, bajo amenaza de cierre, pasaron a ser administrados por los municipios de São Paulo y Rio de Janeiro y por la Universidad de São Paulo (USP), no mucho tiempo después de su creación. La inestabilidad política y de financiamiento del área museal llevó a que las políticas de financiamiento de museos fuesen centralizadas en el SPHAN, que desde su instauración creó una docena de otras instituciones, siempre bajo la lógica del patrimonio histórico material.

En el período de la dictadura militar, entre 1964 y 1984, las políticas culturales se voltearon para la constitución de una industria cultural local, con fuerte énfasis en las comunicaciones, especialmente la televisión. Y, al paso que por un lado nuevas instituciones eran creadas y el SPHAN fue convertido en Instituto, los museos ya existentes fueron, prácticamente, ignorados, mientras se crearon nuevas instituciones más alineadas con las discusiones museológicas de la época, que planteaban la creación de museos a partir de colecciones privadas –como el Museu Lasar Segall (São Paulo, 1967) –, o la creación de museos con énfasis en el patrimonio cultural inmaterial de carácter popular, –como el Museu do Folclore (Rio de Janeiro, 1968)–. Pero todas estas instituciones creadas no contaban con una política unificada de financiamiento y manutención, llevando a que su permanencia fuese siempre bastante precaria.²

Concluyendo este breve recuento histórico, es necesario enfatizar que al final del período dictatorial, a partir del gobierno de José Sarney (1985) las políticas para el área cultural fueron reducidas drásticamente, emergiendo en la escena la ley

de incentivo al financiamiento privado en cultura (en Brasil conocida como Ley Rouanet y en Chile conocida como Ley de Donaciones). A partir de este momento, las instituciones pasaron a tener que amoldarse a los discursos de marketing, con el fin de atraer inversiones o transformarse en Organizaciones de Interés Privado (OSIP), para adquirir recursos de distintas fuentes. La lógica de las megas-exposiciones y del marketing privado para las empresas, dificultó bastante la adquisición de financiamiento para varias instituciones, llevándolas al borde del cierre.

Durante los años del gobierno de Lula se amplió el financiamiento en cultura y se creó el órgano más importante en el área museal, el IBRAM (Instituto Nacional de Museus), facilitando la gestión de los museos nacionales, creando una política nacional de museos y un estatuto, además de una serie de programas y actividades para democratizar el acceso. Asimismo, ese gobierno amplió el Ministerio de Cultura y su importancia y, bajo la gestión de Gilberto Gil, fueron creadas además varias otras políticas y acciones para el área cultural como los Pontos de Cultura. Aun así, la cuestión del financiamiento cultural nunca fue totalmente solucionada. Hay estudios que afirman que el hecho de que el período Lula no haya alterado la Ley Rouanet en sus bases, trajo nuevos problemas de financiamiento que el Estado no fue capaz de solucionar en los gobiernos posteriores, como por ejemplo el de Dilma Rousseff.

La dificultad en ampliar el presupuesto para cultura (en el período de Gilberto Gil, su mejor momento, la cultura llegó a recibir 1% del total de recursos del país), en generar diversidad de fuentes de financiamiento, en gestionar fondos de cultura, en estimular a las empresas a financiar proyectos culturales considerados de bajo impacto publicitario y de marketing, en crear formas de desburocratización del financiamiento de los museos que no interfieran en sus políticas y en sus funciones sociales, son algunas de las cuestiones que, de una u otra manera, no se solucionaron completamente y sostenidamente en el tiempo, haciéndose sentir a través del incendio del Museu Nacional.³

Museu Nacional: una institución en riesgo

El breve resumen sobre la formación de los museos y de la institucionalidad cultural



en Brasil es, creo, un trasfondo necesario para entender la tragedia que mató al Museu Nacional y su colección con más de 2 millones de ítems, el 2 de septiembre. Habiendo sido creado en 1818, pasó, en 1946, justo después del final del período varguista, a ser administrado por la Universidad Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). El estatus de museo universitario que adquirió, al paso que extendió la posibilidad de estudios e investigaciones a partir de su colección, ampliándola considerablemente, también produjo problemas de gestión que ahora se ven patentes.

En Brasil, las Universidades Federales son consideradas autarquías. Eso significa que son autónomas y poseen la autoridad de ejecutar políticas y acciones en sus ámbitos de actividad. De esta manera, pueden tener bajo su autoridad a otras instituciones, como es el caso del Museu Nacional. Estando bajo la protección de la universidad, el museo, por su lado, no posee la autonomía necesaria para celebrar contratos o solicitar financiamientos de otras fuentes, que no sea la universidad, hecho que limita profundamente su campo de acción. Además de eso, la UFRJ, principal fuente de financiamiento del museo, pasó por un profundo corte presupuestario desde el gobierno federal, a partir del 2016 (período del gobierno de Temer).

Según informa el vice-director del museo, Wagner William Martins,⁴ el presupuesto anual destinado al museo por la universidad no pasaba de la cifra de aproximadamente \$140 mil dólares anuales por casi tres años. Pero, en los últimos dos años, esta cifra bajó aproximadamente a \$80 mil anuales. Según el reportaje de Fabrício Marques⁵, ese monto solo cubría gastos de emergencia y todas las otras actividades expositivas y pedagógicas eran financiadas por el dinero recaudado por el cobro de entradas del museo, que totaliza aproximadamente \$110 mil dólares. El vice-director del museo afirmó que, para funcionar adecuadamente, el museo necesitaba algo como \$2 millones de dólares anuales, pero su presupuesto real era apenas un tercio de ese valor.

Además de la dificultad financiera evidente, otra razón de orden político asoma como responsable del desenlace terrible del museo, tal vez incluso con mayor peso que las demás. Directores de la institución, tanto antiguos como actuales, alegan que el edificio del Palácio de São Cristóvão no era adecuado para salvaguardar la colección, por el riesgo de incendio que poseía. Ante ello, se planteó la posibilidad de construcción de otro edificio para albergarla, dejando el Palácio como edificio para exposiciones y visitación de público. No obstante, los proyectos asociados

4

Marques, Fabrício (2018). *Esperança Frustrada*. Revista Papespe, ano 19, n. 272, out 2018.

5

Ibidem.

a la realización de esta propuesta sufrieron con la negligencia de las autoridades públicas, como afirma el director del museo, Alexandre Kellner.

Con todas las dificultades, el 5 de junio de 2018 fue firmado un contrato entre el Banco Nacional de Desenvolvimento (BNDES) y la Associação de Amigos do Museu (entidad privada que actúa en favor del museo y apoya legalmente acciones de financiamiento), para la liberación de recursos que serían utilizados en la recuperación del mismo. Los recursos, estimados en más de \$5 millones de dólares, servirían para, entre otras cosas, crear un proyecto de combate al incendio e implementar un fondo de donaciones sustentable para el museo (Marques, 2018). Con todo, en año electoral los recursos de contratos firmados por instituciones estatales solo pueden ser liberados después del fin de las elecciones. Infelizmente, el incendio no esperó hasta noviembre para suceder.

De esta manera, esa compleja serie de dificultades y trabas institucionales y administrativas llevaron peligrosamente al siniestro del museo. Aún más que la cuestión presupuestaria, jugó directamente en contra del museo la vinculación con la universidad y las dificultades administrativas resultantes de eso, las cuales no fueron políticamente minimizadas en pro del museo. La falta de reconocimiento político a la importancia del Museo Nacional, su colección y el sinnúmero de estudios, investigaciones y exposiciones que promovía, fue la chispa que prendió el fuego que lo consumió aquel 2 de septiembre.

Esa falta de reconocimiento se traducía en las dificultades de traspaso de recursos a la institución, la limitación de la capacidad de adquirir financiamiento de otras fuentes (siempre realizadas a través de la Asociación de Amigos) y la creciente disminución de los recursos destinados a la educación y la investigación –realizadas por el gobierno de Temer tras el anuncio de congelamiento de inversiones en el área de la educación, salud y ciencia, por veinte años a partir de 2016–. Si bien la Ley Rouanet aportó (y aporta) recursos para exposiciones y proyectos importantes, a través del financiamiento de empresas, esos recursos no son permanentes ni suficientes para sanar las dificultades estructurales por las que pasan los museos. También el alejamiento de la

población y su falta de comprensión de los mismos como patrimonio público, son otros aspectos que deben ser considerados. El poco involucramiento de la población en las cuestiones de los museos, la dificultad de conquistar financiamiento a través de donaciones de personas individuales, son factores que igualmente interfieren en la poca visibilidad política de los museos, su importancia para la vida ciudadana y política de la sociedad y para la construcción de memoria y sentido de comunidad.

Una semana después de la destrucción del Museo Nacional, el presidente Michel Temer anunció la destrucción del IBRAM y su transformación en Agencia a través de un decreto firmado arbitrariamente, sin realizar ninguna consulta al sector museológico del país. El decreto fue creado con el fin de modificar las relaciones de gestión y financiamiento de las instituciones museológicas, facilitando la captación de recursos privados por las entidades federales. Pero, para alcanzar este fin, destruyó deliberadamente el IBRAM, creando en su lugar una agencia de derecho privado que disminuye su nivel e importancia institucional al interior del gobierno y deja en manos del mercado el poder de decisión sobre las políticas de financiamiento institucional, poniendo en riesgo la manutención de las instituciones bajo su gestión. Ese acto deliberado del presidente torna patente el hecho de que, mientras no cambie esa mentalidad política de negligencia con las instituciones culturales del país, que desde su inicio pasan por procesos de ir y venir sometidos a los sabores de los gobiernos, con sus intereses y adhesiones al mercado global, diversas otras instituciones están en riesgo de desaparecer criminalmente, tal como el Museo Nacional.

Esta mentalidad política predatoria no es una exclusividad de Brasil ni de su gobierno. Recientemente, el Ministerio de las Culturas de Chile anunció el corte de financiamiento para las instituciones culturales del país en el 2019, prendiendo el fósforo para futuras tragedias culturales allí también. Es necesario ocupar el espacio político de la cultura exigiendo el respeto al patrimonio, a las artes, a la diversidad de prácticas artísticas y culturales y a la memoria social por el poder estatal. Los museos son parte de nuestra memoria colectiva, de los conocimientos producidos por nuestra sociedad



y otras anteriores (y/o distintas) a la nuestra, que nos presentan la posibilidad de reconocer modos de vida distintos y producir una relación de pertenencia importante para la formación de subjetividades políticas e identificaciones saludables con nuestro ambiente, generando la ciudadanía y el compromiso colectivo. Dejar morir un museo es dejar morir la posibilidad de que una sociedad se establezca más allá del territorio y su tiempo inmediato, abriendo el paso a proyectos socio-políticos destructivos como el que ocurre en Brasil actualmente.

El hallazgo del cráneo de Luzia trajo un soplo de esperanza después de la tragedia. Ella resistió y sobrevivió a la negligencia

que casi enterró para siempre la historia de los pueblos americanos. Su descubrimiento y su presencia en la colección del museo es un potente testimonio de que la historia mundial es una narrativa llena de fallos y puntos ciegos. Luzia representa la presencia de pueblos aún más antiguos de los que antes se conocían aquí, contestando a la hegemonía teórica del estrecho de Bering para explicar la ocupación del territorio americano. Ella se rehusó a desaparecer por el fuego. Y nosotros, siguiendo su ejemplo de resistencia, debemos luchar para que no desaparezcan nuestra memoria, historia e instituciones, bajo las políticas económicas predatorias que se realizan en nuestros países. ■